

## Querida tía: enséñame tu ropero

Rebeca Monroy

Carlos Vázquez Olvera, *El ropero de las señoritas Sámano Serrato. La fotografía familiar como fuente de investigación documental*, México, INAH (Testimonios del Archivo, 8), 2013, 175 pp.

*Querida tía Pelancha, o debería decir, Esperanza:*

**S**é que ya no estás con nosotros pero te quiero escribir porque necesito contarte las últimas noticias de nuestra familia. Recién salió un libro, muy bonito, lleno de fotografías y letras que responden a nuestro origen y nuestras experiencias.

Es de Carlos Vázquez Olvera ¿te acuerdas? El hijo del tío Octavio, sí, nieto de Dolores, él se dedicó por años a recoger la historia familiar y ahora nos hizo libro. Te imaginas, tía, somos ya parte de la historia de la nación, porque este libro pertenece al INAH, que en realidad es una prestigiosa institución que le da cabida a los estudios de historia y antropología, y es justamente eso lo que hizo con nosotros el querido Carlos, en una serie que se llama Testimonios del Archivo

y nos presentó como el número 8 de la colección. ¿No es maravilloso?

Debo comentarte que me parece que lo llevaron a tu arcón de los recuerdos, no, no es cierto, a tu ropero, en donde guardabas los objetos varios. El ropón de Francisco, tu sobrino favorito. Sí, ahí, aquella caja de madera con cerrojo en donde guardabas las fotos que te mandábamos todos, junto con las de las tías María, Dolores, Conchita..., porque cada vez que alguien se casaba, nacía, cumplía años, festejaba un evento, se recibía o moría, porque también las hubo, se fotografió. Así guardaste tu memoria y la de la familia, gracias al ropero, que —como dijera Cri-Cri— a veces lo abrías para que yo me asomara en él a visitar el pasado de nuestra familia. Allí me metía yo, solita, a disfrutar de tus cosas, a oler tu ropa, tus perfumes y la caoba del ropero.

Vino Carlos varias veces, acompañado de otras personas, a veces solo e incluso entrevistó a otros tíos y tías, para poder recuperar nuestra historia y la plasmó en ese pequeño libro de color morado, plétórico de nuestras fotos, de las dedicatorias, de las fechas y rostros que nos definen como familia.

Pero además escribió sobre el pueblo. Sí, ahora ya más ciudad, de

Acámbaro, que pasó de Michoacán a Guanajuato. Describió las inundaciones, ésa en donde perdimos muchos muebles, también habló del cine que se inició en 1907, de las calles, de la hacienda y su producción. De cuando el abuelo atendía —por ser médico— a la población y de su generosidad permanente. También describe cómo le pagaban, que a veces era nada, por el servicio. Cuenta muchas anécdotas de los 16 hijos que tuvo y los 57 nietos que somos. Y eso que las tías María, Concepción y Margarita no se casaron, como tú. Ese Carlos no se dio abasto, pues de verdad que, como hemos comentado tantas veces, nuestra historia parece una de Gabriel García Márquez: *100 años de soledad*, con el coronel Aureliano Buendía y sus 17 hijos, que cada uno portó su nombre. Así aparece nuestra vida cuando la narra, porque somos tantos que parece increíble que alguien lograra descifrar los enredos de las bodas, de los hijos, de los nietos, de los nacimientos y las funestas noticias.

En fin, que como buen sociólogo y antropólogo que es, se documentó sobre cada uno de nosotros y de lo que hicimos, nos organizó en un cuadro: quiénes se casaron contra quién y de cuántos fuimos. También de cuándo moríamos unos,

cuándo nacían otros, de los antecedentes primigenios de la familia, de cómo transcurrió la hacienda, la llegada de la luz, de los caminos, del ferrocarril que nos trajo tantas alegrías, y luego tantas tristezas cuando lo cerraron. También plática de cuando murió el abuelo, el dolor que nos causó quedarnos solos en 1919, y ustedes, las hermanas, cómo se vincularon más con la familia, cómo curaban a los propios y ajenos, cómo se organizaron para mantener la casota hermosa con sus patios y plantas colgantes. Hasta que todo fue decayendo después de la Revolución. ¿Te acuerdas que las escondieron por ello, entre las paredes, para que no se las robaran y que cuando salieron vieron que aquellos muchachotes revolucionarios hicieron añicos los muebles y las telas para hacer fogatas o sillas para sus caballos? Pero el abuelo estaba inconforme y procuró una sociedad protectora de nuestras familias, y logró generar un mejor estado de cosas, porque como hijos y nietos de un profesionista médico, él no quería quedarse atrás.

Así, tía Pelancha, el ahora doctor —como el abuelo, pero en antropología— narró puntualmente cada evento importante, pero lo mejor de todo es que rescató del olvido las fotos. Ahí está la boda de Dolores con Daniel Vázquez, la comida de fin de año, el retrato de María Guadalupe, tu hermanita muerta apenas bebé. En fin, todo lo que se pudo rescatar, en tonos sepia; parecemos fantasmas, hijos del recuerdo, almas sin luz que la recobramos de repente. Porque creo que el estar en las páginas nos

permite que los demás se vean en un espejo, el resto de los del Bajío, de los profesionistas, de los oficiales, de los artesanos, de los fotógrafos también. También por ahí está el retrato que te tomaron con tu novio, aquel guapo joven Vicente Álvarez Bowly, le decíamos “el Güero”, pero tuvo a mal morir y le dedicaste tu vida a su recuerdo. Ahí aparecemos una y otra vez, mostrando nuestra faz cambiante con el siglo, con los muebles, con los vestidos. El luto eterno de nuestras vestimentas, porque cuando murió el abuelo nadie quiso usar de nuevo otro color, ahí está la foto de las tías Josefina, Margarita y Carmen como prueba de su enlutado amor.

Así aparecen los que se fueron yendo a otros lados y nos mandaron sus fotos, retratos de pie, de frente o perfil, con sus novios o amigos. Pero retratos que mantenían unida la identidad de nuestra familia, que podía pagar el servicio de la fotografía. Sí, a lo mejor dejamos de tener mucho dinero o más porque la hacienda se empezó a venir abajo, porque le dimos a algunos de los peones su pedazo de tierra, porque no podíamos con todo el trabajo que había. Así, muchos se fueron a la ciudad, otros a nuevos pueblos o ciudades, al final, los nietos emigramos y dejamos atrás los recuerdos que ahora salen a la luz.

Tantos retratos que no parecen exclusivos de nuestras vidas, que se pueden observar en el conjunto de un país, de una clase social, de las pérdidas millonarias con la Revolución por la necedad de don Porfirio, pero que nos pegó hasta los profesionistas y las clases me-

dias. Pero los de abajo no tenían nada, por ello arriesgaron sus vidas, por ello dejamos la tierra en sus manos. La hacienda se vino abajo, pero la casa la conservamos muchos años más. Así, querida tía, la vista del pueblo en la inundación, del día de la boda, de los quince años de Espergencia, de la primera comunión de Lupita y de Octavito; la hermosa boda, pero sobre todo ese vestido precioso de más de dos metros de cola que portó la tía Josefina, todo lo demás aparece retratado en las páginas de este libro.

Yo me veo en cada una de ellas, en los recuerdos, en los vaivenes de esa sociedad convulsa, incluso un año antes de terminar la Revolución, cuando el abuelo murió en 1919, que por atender a un enfermo de pulmonía le dio otra, pero ésa sí le fue fulminante y mortal. El abuelo Francisco se fue, dejándonos solos, de ahí creo que le viene el interés a Carlos Olvera —así como lo hizo el profesor de arte Aurelio de los Reyes con su familia—, recuperó una deslavada y tenue memoria, a veces llena de caca de moscas, en donde también están los profesionistas, los médicos, los abogados, que han sido tan desdeñados por la historia oficial desde el siglo XVII hasta la revuelta armada. Nosotros también perdimos porque ese gobierno de Porfirio duró demasiado, aunque nos dejó grandes caminos por andar, luz para leer y ferrocarriles para todo el país, como lo muestra Carlos en su pequeño libro. Así, las fotos son la excusa perfecta para dejar la memoria intacta de nuestra familia, la Sámano Serrato, con su ropero, con sus fotos,

con sus recuerdos, la historia oral, que permite recuperar el otro lado de la moneda.

Sí, tía, le agradezco a Carlos que con su advocación de sociólogo, antropólogo, historiador, narrador inteligente y curador de museos dejara como en una vitrina plasmadas las fotos; ésas que una familia podría registrar en el día a día. No fuimos una familia perfecta, intentamos mantenernos en el ciclo de la vida católica, de la educación, de las buenas maneras, pero como en *100 años de soledad*, todo cambió. Hay de todos colores, olores y sabores... pero somos, como muchas otras, un reflejo en el agua de otros eventos, de otros seres, de otros quehaceres, en donde podemos distinguir clara y firmemente a muchas otras familias del Bajío en donde los españoles se aposentaron y dejaron sus reales. Eso nos distingue, eso nos forma, lo particular y lo general. Las fotos, al igual que en muchas otras familias, se conservan, perduran, muestran no sólo lo palpable sino que permiten acercarse a ello; por eso el libro de Carlos es atractivo y difusor de una forma de vida que aún perdura. Ahí está el rostro de los tíos Francisco, Ignacio, Guillermo, Manuel, Alberto, Vicente y Salvador, junto a sus hermanas Dolores, Paz, María, Carmen, Concepción, Josefina,

Margarita y tú... Aparece el rostro de las mujeres envejecidas, junto a las más jovencitas, entre unas y otras se llevaban hasta treinta y dos años o más, algunas sometidas que decoraban con sus manos, que tejían, que no se dejaron ni se divorciaron. ¿Te acuerdas de esa foto en donde se vistieron de monjas? Ahí está. Al igual que otras mujeres que aguantaron hasta el final, pero ustedes decidieron quedarse solteras y juntas de por vida. Aparece también el rostro de los niños, tantos que hubo entre nosotros; todas las imágenes de los logros, los que necesitamos para evocar la buena memoria, porque los fracasos *no* los captamos, eso los escondimos, como tantas otras familias. De esa ausencia también es presencia en las imágenes. Los hallazgos, se presumen, las penas y vergüenzas se ocultan: embarazos extramaritales, amoríos de los tíos, hijos fuera de matrimonio, todo ello no aparece, pero se infiere en la esfera de la vida familiar. Así, como dice Aurelio de los Reyes: se deja huella, se deja camino, hay que seguir mostrando y dejando en el tintero, las historias de vida que permiten recrear otras épocas, otros momentos de los cuales yo sí me quiero acordar y que otros lo sepan.

Tía, deberíamos agradecerle a Carlos por su esfuerzo colegiado

entre las fotos, la historia oral, el contexto de nuestra ciudad, por su tenacidad y por dejarnos vivir y ver de nuevo la luz. También aparece mi retrato y configura mi paso por el mundo. Gracias, porque con ello se reconstruye la historia social, la historia cultural, la historia de vida y la historia de las mentalidades, todo eso permite entender el pasado, entender la huella de la identidad (espero que con ello Carlos Olvera recuperara un pedazo de su identidad también). Es importante ya no perdernos en la mezcla y en la vieja batalla que aún no termina de liberales y conservadores, de españoles y criollos, de criollos e indígenas, de mestizos incomprendidos, porque todos debemos procurar conocer nuestra entraña para poder transformarnos; además, que este multicultural país comprenda que necesitamos seguir esas huellas, reflejarnos en el espejo, forjar patria y mantenernos desde la historia de vida. Así, con ensueños, con un corolario de flores que permite la advocación hacia un futuro mucho mejor.

Bueno, tía, me despido, ya es hora del regreso a casa, a los trebejos al ropero.... Saludos desde algún lugar metafísico, con el sabor del recuerdo, del haber sido y seguir siendo gracias a las fotos.

Con cariño... Tu sobrina...